
ACTO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES",
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

La escena representa una sala pequeña y excesivamente modesta, casi pobre.

Una puerta en el fondo: á la derecha del espectador otra puerta, sola: á la izquierda un balcon.—Un estante de pino con algunos libros: una mesa: un sillón.—La mesa á la izquierda: sobre ella una fotografía de D. Julian en su marco al lado otro marco igual al anterior, pero sin ningun retrato: ambas son bastante pequeñas.—Tambien sobre la mesa un quinqué apagado, un ejemplar de *La Divina Comedia* del Dante, abierto por el episodio de Francesca, y un pedazo de papel medio quemado: ademas papeles sueltos y el manuscrito de un drama.—Algunas sillas.—Todos los muebles pobres, en armonía con la pobreza del cuarto. Es de día.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, SEVERO, un CRIADO. Los tres entran por el fondo.

SEVERO. ¿No está el señor?

CRIADO. No señor,
ha salido muy temprano.

SEVERO. No importa, le esperaremos;
porque supongo que al cabo
don Ernesto ha de venir.

CRIADO. Es lo probable, que el amo es puntual como ninguno y como ninguno exacto.

SEVERO. Bueno; vete.

CRIADO. Si, señor.
Si algo mandan, fuera aguardo.
(Sale el Criado por el fondo.)

ESCENA II.

JULIAN, SEVERO.

SEVERO. ¡Qué modestia! (Mirando el cuarto.)

JULIAN. ¡Qué pobreza dirás mejor!

SEVERO. ¡Vaya un cuarto!
Una alcoba sin salida:
(Mirando por la puerta de la derecha; luego por la del foro.)
la antesala: este despacho, y pare usted de contar.

JULIAN. Y empiece á contar el diablo, de ingraticudes humanas, de sentimientos bastardos, de pasiones miserables, de calumnias de villanos, y no acabará jamás aunque cuente aprisa y largo.

SEVERO. La casualidad lo quiso.

JULIAN. Ese no es el nombre, hermano.

SEVERO. Lo quiso... quien yo me sé.

SEVERO. ¿Y quién es ese? ¿yo acaso?

JULIAN. Tú tambien. Y ántes que tú los necios desocupados, que de mi honor y mi esposa sin rebozo murmuraron. Y despues yo, que cobarde, y celoso, y ruin, y bajo, dejé salir de mi hogar á ese mancebo, que ha dado

pruebas de ser tan allivo, como yo de ser ingrato. Ingrato: ¿porque tú ves mi ostentacion y regalo? ¿el lujo de mis salones, de mis trenes el boato, el crédito de mi firma, los caudales que gozamos? pues todo ¿sabes de dónde procede?

SEVERO. Y hasta olvidado io tengo.

JULIAN. Tú lo dijiste:
el olvido: premio humano á toda accion generosa, á todo arranque bizarro, que en su modesto retiro, sin trompetas ni reclamos, realice un hombre por otro como amigo ó como honrado.

SEVERO. Eres injusto contigo: tu gratitud llegó á tanto, que tu honor y hasta tu dicha casi le has sacrificado. ¿Qué más se puede pedir? ¿Ni qué más hiciera un santo? Todo su término tiene: lo bueno como lo malo. Es orgulloso... empeñoso... y aunque te opusiste... claro... él es dueño de sí mismo, de su persona y sus actos, y una mañana dejó, porque quiso, tu palacio, y en este zaquizami metióse desesperado.

JULIAN. Es muy triste, pero amigo, ¿quién ha podido evitarlo? Todos, si estuviesen todos atentos á sus cuidados, (y de las honras ajenas)

no se llevasen pedazos,
 al revolver de sus lenguas
 y al señalar de sus manos.
 ¿Qué les importaba, di,
 que yo, cumpliendo un sagrado
 deber, hiciese de Ernesto
 un hijo y ella un hermano?
 ¿Es suficiente en mi mesa,
 ó en paseo, ó en el teatro,
 junto á una jóven hermosa,
 ver á un mancebo gallardo,
 para suponer infamias,
 y para aventar escándalos?
 Acaso el amor impuro,
 en este mundo de barro,
 es entre hombres y mujeres
 único, supremo lazo?
 ¿No hay amistad, gratitud,
 simpatía, ó tal estamos,
 que juventud y belleza
 sólo se unen en el fango?
 Y aún suponiendo que fuese,
 lo que suponen menguados,
 ¿qué falta me hacen los necios
 para vengar mis agravios?
 Para ver tengo mis ojos,
 para observar mis cuidados,
 y para veagar injurias
 hierro, corazón y manos.

SEVERO. Bien, pues hicieron muy mal
 las gentes que murmuraron;
 pero yo, que soy tu sangre,
 que llevo tu nombre... vamos,
 ¿debí callar?

JULIAN. ¡No, por Dios!
 pero debiste ser cauto,
 y con prudencia, á mí sólo,
 hablarme del triste caso
 y no encender un volcan
 en mi casa y en mi tálamo.

SEVERO. Pequé sólo por exceso

de cariño; pero aun cuando
 reconozca yo mi culpa;
 aunque confiese que el daño,
 entre el mundo y yo lo hicimos,
 él, infamias inventando,
 y yo, recogiendo torpe
 los ecos mil del escándalo;
 (Acercándose á él con expresion de interés y
 cariño.)

lo que es tú, Julian, estás
 limpio y libre de pecado;
 conque escrúpulos desecha
 y ensancha tu pecho hidalgo.
 No puedo ensanchar mi pecho,
 que albergue en mi pecho he dado
 á eso mismo, que condenan
 mi entendimiento y mis labios.
 Yo las calumnias del mundo
 con indignacion rechazo:
 mienten, digo á voz en cuello,
 y repito por lo bajo,
 «¿y si mintiendo no mienten,
 y si aciertan por acaso?»
 De modo que en esta lucha
 de dos impulsos contrarios,
 para los demas soy juez,
 y soy su cómplice en tanto.
 Y en mi mismo me consumo:
 conmigo mismo batallo:
 la duda crece y se ensancha:
 ruge el corazón airado,
 y ante mis ojos de sangre
 se extiende rojizo manto.
 ¡Deliras!

JULIAN.

SEVERO.
 JULIAN.

No: no deliro:
 el alma te muestro, hermano.
 ¿Acaso piensas que Ernesto
 mi casa hubiese dejado,
 si yo, con firme propósito
 de oponerme y de estorbarlo,
 cuando él cruzó sus umbrales,

le hubiera salido al paso?
Se fué, porque allá en el fondo
de mi espíritu turbado,
traidora voz resonaba
diciéndome: «deja franco
»el portillo á la salida,
»y cierra bien en pasando,
»que en fortalezas de honor
»es mal alcaide el confiado.»
Y en lo interior un deseo,
y otro deseo en los labios:
y «vuelve, Ernesto,» en voz alta,
y «no vuelvas,» por lo bajo,
á un mismo tiempo, con él,
con apariencias de franco,
jera hipócrita y cobarde,
era astuto y era ingrato!
No, Severo, no se porta
así, quien es hombre honrado.

(Se deja caer en el sillón que está junto á la
mesa, mostrando gran abatimiento.)

SEVERO.

Así se porta, quien cuida
á esposa de pocos años,
y de espléndida hermosura,
y de espíritu exaltado.

JULIAN.

¡No hables tal de mi Teodora!
es espejo que empañamos
con nuestro aliento, al querer
imprudentes acercarnos.
¡La luz del sol reflejaba,
ántes que del mundo airado,
las mil cabezas de víboras
se acercasen á mirarlo!
Hoy buyen en el cristal
dentro del divino marco;
pero sombras son sin cuerpo,
ha de espantarlas mi mano,
y otra vez verás en él
el limpio azul del espacio.

SEVERO.

Mejor que mejor.

JULIAN.

No así.

SEVERO.

¿Pues qué falta?

JULIAN.

¡Falta tanto!

Advierte que estas internas
luchas, que te he confesado,
han hecho de mi carácter
otro carácter contrario.
Ahora mi esposa me ve
siempre triste, siempre huraño;
no soy el mismo que he sido,
por serlo me esfuerzo en vano;
y ella debe preguntarse
al observar este cambio:
«¿Dónde está Julian, Dios mío;
»dónde está mi esposo amado:
»¿Qué hice yo para perder
»su confianza? ¿Qué villanos
»pensamientos le preocupan
»y le arrancan de mis brazos?»
Y una sombra entre los dos
se va de este modo alzando,
y nos separa y aleja
lentamente y paso á paso.
No ya más dulces confianzas,
no ya más coloquios plácidos,
heláronse las sonrisas,
los acentos son amargos,
en mí recelos injustos.
en Teodora triste llanto,
yo herido en mi amor, y en ella,
heridos, y por mi mano,
su dignidad de mujer,
y su cariño. Así estamos.

SEVERO.

Pues estamos en camino
de perdición. Si tan claro
ves lo que pasa, ¿por qué
no pones remedio?

JULIAN.

Es vano
mi esfuerzo. Yo sé que soy
injusto de ella dudando:
es más, si por hoy no dudo;
pero ¿quién dice que al cabo,

yo perdiendo poco á poco,
y él poco á poco ganando,
no será verdad mañana,
lo que hoy mentira juzgamos?

(Cogiendo por el brazo á Severo y hablándole
con reconcentrada energía y mal contenidos
celos.)

Yo, el celoso; yo, el sombrío;
yo, el injusto; yo, el tirano;
y él, el noble y generoso;
siempre dulce y resignado;
con la aureola del martirio,
que á un mozo apuesto y gallardo
sienta tan bien á los ojos
de toda mujer, es llano,
que él lleva la mejor parte,
en este injusto reparto,
y que gana lo que pierdo,
sin que pueda remediarlo.
Esto es lo cierto: no dudes:
y agrega que con reclamos
infames, llega traidor
el mundo á los dos en tanto,
y aunque dicen con verdad
(¡pero si no nos amamos!)
á fuerza de repetirlo
acabarán por pensarlo.

SEVERO. Si así estás, mira, Julian,
yo creo que lo más sano
es dejar que Ernesto lleve
todo su proyecto á cabo.

JULIAN. Pues á estorbárselo vengo.

SEVERO. Pues eres un insensato.

¿Á Buenos Aires pretende
marcharse? pues ni de encargo:
váyase en buque de vela,
viento fresco y mucho trapo.

JULIAN. Y á los ojos de Teodora
¿quieres que aparezca ingrato,
y miserable, y celoso?
¿tú no sabes, pobre hermano.

que hombre á quien mujer desprecia,
podrá ser su amante al cabo,
pero que si lleva nombre
de esposo, está deshonrado?
¿Quieres que mi esposa siga,
á través del mar amargo,
con el pensamiento triste,
al infeliz desterrado?

¿No sabes, que si yo viese
sobre su mejilla el rastro
de una lágrima no más,
y pensase que era el llanto
por Ernesto, la ahogaría
entre mis crispadas manos?

(Con reconcentrado furor.)

SEVERO. ¿Pues entónces, qué debemos
hacer?

JULIAN. Sufrir: que el cuidado
de preparar desenlace
para este drama, está á cargo
del mundo que lo engendró
solamente con mirarnos;
tal su mirada es fecunda
en lo bueno y en lo malo.

SEVERO. Presumo que viene gente.
(Acercándose al fondo.)

CRÍADO. No puede tardar el amo.
(Desde dentro, pero sin presentarse.)

ESCENA III.

JULIAN, SEVERO, PEPITO por el fondo.

SEVERO. ¿Tú por aquí?

PEPITO. (Ap.) (¡Toma, ya
lo supieron! me he lucido.)
(En voz alta.) Pues todos hemos venido.
Adios, tío: adios, papá.
(Ap.) (Nada: saben lo que pasa.)
(En voz alta.)

¿Conque ustedes... por supuesto, buscando vendrán á Ernesto?
SEVERO. ¿Pues á quién en esta casa?
JULIAN. ¿Y tú estarás al corriente de lo que trata ese loco?
PEPITO. ¿De lo qué?... Pues claro: un poco. Sé... lo que sabe la gente.
SEVERO. ¿Y es mañana cuando?...
PEPITO. No: mañana se ha de marchar, y tiene que despachar hoy mismo.
JULIAN. (Con extrañeza.) ¿Qué dices?
PEPITO. ¿Yo? lo que dijo Pepe Uceda á la puerta del Casino ayer noche: y es padrino del Vizconde de Nebreda. Conque si él no acierta... Pero, ¡miran ustedes de un modo!... ¿Acaso no saben?...
JULIAN. Todo.
 (Con resolución previniendo un movimiento de su hermano.)
SEVERO. Nosotros...
JULIAN. (Ap.) (Calla, Severo.) Que parte mañana oímos, (En voz alta.) y que hoy... se juega la vida... y á evitar duelo y partida... como es natural, vinimos.
 (En toda esta escena D. Julian finge estar enterado del lance para sonsacar á Pepito, aunque claro es que sólo venía por el viaje de Ernesto. Todos los pormenores y accidentes del diálogo quedan encomendados al talento del actor.)
SEVERO. (Ap. á Julian.) ¿Qué duelo es ese?
JULIAN. (Ap. á Severo.) (No sé; pero lo sabremos pronto.)
PEPITO. (Ap.) (Vamos, pues no he sido un tonto.)
JULIAN. Nosotros sabemos que...
 (Con tono de estar muy enterado.)

con un vizconde...
PEPITO. Sí tal.
JULIAN. ¡Tiene Ernesto concertado un duelo!... Nos lo ha contado cierta persona formal que lo supo en el instante. ¡Dicen que es grave la cosa!... (Señas afirmativas de Pepito.) ¡Una riña escandalosa!... ¡Y mucha gente delante!... (Lo mismo.) ¡Que tú mientes!... ¡que yo miento! ¡y palabras en monton!...
PEPITO. (Interrumpiendo con el placer y el afán del que sabe más.) ¡Palabras!... ¡un bofetón más grande que un monumento! ¿Quién á quién?
SEVERO. Ernesto al otro.
PEPITO. ¡Ernesto!... ¿no te enteraste? (A Severo.)
JULIAN. Ese Vizconde dió al traste con su paciencia. En un potro le tuvo... Vamos... de modo... que el pobre chico rompió. Cabal.
PEPITO. Si te dije yo, que nos lo han contado todo. (Con suficiencia.)
JULIAN. ¿Y el lance es serio? (Con ansiedad mal contenida.)
PEPITO. Muy serio. Pena el decirlo me da, pero con ustedes ya es inútil el misterio.
JULIAN. ¿Con qué objeto, ni á qué fin?... (Se acercan con ansiedad á Pepito, y éste hace una pausa y se da todo el tono del que comunica una mala noticia.)
PEPITO. ¡Pues á muerte! (Les mira con aire de triunfo. (Movimiento de D. Julian y de D. Severo.)
 Y el Vizconde ni se espanta, ni se esconde:

JULIAN. ¡y es un gran espadachín!
Y la disputa... ¿por qué?
Á Nebreda se le imputa...

PEPITO. Si casi no hubo disputa...
yo les diré como fué.

(Pausa: se acercan á Pepito con ansiedad profunda.)
Como Ernesto proyectaba
dejar mañana Madrid,
por si pasaje en el Cid
á tiempo en Cádiz lograba;
y como Luis Alcaráz
prometida le tenía
una carta, que decía
que era de efecto eficaz
como recomendacion,
á recogerla se fué
el pobre chico al café
con la mejor intencion.
No estaba el otro: le espera:
ninguno allí le conoce,
y prosiguen en el goce
sublime de la tijera,
sin reparar en su faz,
ni en sus dientes apretados
unos cuantos abonados
á la mesa de Alcaráz.
Venga gente, y caiga gente:
mano larga, y lengua lista:
¡allí se pasó revista
á todo bicho viviente!
Y en medio de aquel cotarro,
con más humo que hecha un tren,
entre la copa de ojen,
la ceniza del cigarro,
y alguno que otro terron
de azúcar, allí esparcido,
quedó el mármol convertido
en mesa de diseccion.
Cada mujer deshonorada,
una copa de lo añejo:

cada tira de pellejo,
una alegre carcajada.
En cuatro tijeretazos,
dejaron aquellos chicos
las honras hechas añicos,
las damás hechas pedazos.
Y sin embargo, ¿qué fué,
ni qué era aquello en verdad?
Ecos de la sociedad
en la mesa de un café.
Esto no lo digo yo,
ni lo pienso, por supuesto,
esto me lo dijo Ernesto,
cuando el lance me contó.

JULIAN.

PEPITO.

¡Acaba! ¿no acabarás?
Por fin, entre nombre y nombre,
el nombre sonó... de un hombre,
y Ernesto no pudo más.
«¿Quién se atreve á escarnecer
á un hombre de honor?» exclama:
y le responden; «¡La dama!»
y nombran una mujer.
Brotando fuego el semblante
se arroja sobre Nebreda:
el pobre Vizconde rueda:
y es un campo de Agramante
aquel centro principal.
Resúmen de la jornada:
hoy es el duelo y á espada,
en un salon. No sé cuál.

JULIAN.

(Cogiéndole por un brazo con furor)
¿Y el hombre era yo?

PEPITO.

¡Señor!

JULIAN.

¿Y Teodora la mujer?
¡Dónde fueron á caer
ella, mi nombre y mi amor!

(Se desploma sobre el sillón ocultando el rostro
entre las manos.)

SEVERO.

(Ap. á Pepito.)

(¿Qué has hecho desventurado!

PEPITO.

¿No dijo que lo sabía?

Pues yo... por eso... creía...)

JULIAN. ¡Deshonrado! ¡deshonrado!...

SEVERO. ¡Julian! (Acercándose con cariño.)

JULIAN. Es verdad: ya sé que es preciso tener calma... pero ¡ay! que me falta el alma cuando me falta la fé!

(Cogiéndose á su hermano con ansia.)

Peró ¿por qué de este modo nos infaman, cielo santo! ¿Dónde hay razon para tanto revolver y echarnos lodo?... No importa, yo sé cumplir como cumple un caballero. ¿Cuento contigo, Severo?

SEVERO. ¿Si cuentas?... ¡Hasta morir!

(Se aprietan la mano con energía.)

JULIAN. ¿El duelo? (Á Pepito.)

PEPITO. Á las tres.

JULIAN. (Ap.) ¡Le mato!

Sí... le mato!... Vamos. (Á Severo.)

SEVERO. ¿Dónde?

JULIAN. Á buscar á ese Vizconde.

SEVERO. ¿Tratas por ventura?... Trato...

JULIAN. trato de hacer lo que puedo: de vengar mi honra ofendida y de salvarle la vida al hijo de Juan Acedo. (Á Pepito.) ¿Quiénes los padrinos son?

PEPITO. Los dos: Alcaráz y Rueda.

JULIAN. Los conozco. Aquí se queda ese por sí hay ocasion (Señalando á Pepito.) y vuelve Ernesto...

SEVERO. Entendido.

JULIAN. Tú, sin inspirar recelo, averiguas dónde el duelo debe ser.

SEVERO. Ya lo has oído.

JULIAN. Ven.

SEVERO. Julian, ¿qué tienes?

JULIAN. ¡Gozol!

como há mucho no sentí. (Cogiéndole el brazo nerviosamente.)

SEVERO. ¡Qué diablo, no estás en tí! ¿gozo?

JULIAN. De ver á ese mozo.

SEVERO. ¿Á Nebreda?

JULIAN. Sí: repara, que hasta hoy la calumnia fué impalpable, y no logré ver como tiene la cara. ¡Y al fin sé donde se esconde: al fin tomó cuerpo humano: y se me viene á lo mano bajo forma de un Vizconde! Devorando sangre y hiel tres meses ¡por Belcebú! y ahora... figúrate tú... ¡frente á frente, yo con él!

(Salen por el fondo Julian y Severo.)

ESCENA IV.

PEPITO.

¡Pues señor, vaya un enredo! y un enredo sin motivo. Aunque tambien fué locura, por más que diga mi tío, poner bajo el mismo techo, casi en contacto continuo, á una niña como un sol, y á Ernesto, que es guapo chico, con un alma toda fuego, y dado al romanticismo. Él perjura que no hay nada, que es un afecto purísimo, que como hermana la quiere, y que es su padre mi tío;

pero yo, que soy muy zorro,
y que aunque joven he visto
muchas cosas en el mundo,
de hermanazgos no me fio,
cuando los hermanos son
tan jóvenes y postizos.
Mas supongamos que sea,
como dicen, su cariño:
la gente ¿qué entiende de eso?
¿qué obligación han suscrito
para pensar bien de nadie?
¿No los ven siempre juntitos
en el teatro, en el paseo,
á veces en el Retiro?
pues el que los vió, los vió,
y como los vió, lo dijo.
«Que no,» me juraba Ernesto;
que «casi nunca» han salido
de ese modo. ¿Fué una vez?
pues basta. Si les han visto
cien personas ese día,
es para el caso lo mismo,
que haberse mostrado en público
no en un día, en cien distintos.
Señor ¡ha de hacer la gente
informacion de testigos,
y confrontacion de fechas,
para averiguar si han sido
muchas veces ó una sola,
cuando pasaron juntitos
su simpatía purísima
y su fraternal cariño?
Esto ni es serio, ni es justo,
y ademas fuera ridiculo.
Lo que vieron dicen todos
y no mienten al decirlo.
Les ví una vez —Otra yo.
Una y una, dos: de fijo.
Y yo tambien. —Ya son tres.
Y ese cuatro y aquel cinco.
Y de buena fe sumando

se llega hasta lo infinito.
Y vieron, porque miraron,
y en fin, porque los sentidos
son para usados á tiempo,
sin pensar en el vecino.
Que él se ocupe de lo suyo,
y recuerde, que en el siglo,
el que quita la ocasion,
quita calumnia y peligro.
(Pequeña pausa.)
Y cuidado que concedo
la pureza del cariño,
y este es asunto muy grave,
porque á mis solas cavilo,
que estar cerca de Teodora
y no amarla, es ser un risco.
Él será sabio, y filósofo,
y matemático, y fisico,
pero tiene cuerpo humano,
y la otra cuerpo divino,
y hasta *corpo di baco*,
para cuerpo de delito.
¡Si estas paredes hablaran!
¡si los pensamientos íntimos
de Ernesto, forma tangible
tomasen, aquí esparcidos!...
Vamos á ver, por ejemplo,
aquel marco está vacío,
y en el otro don Julian
luce su semblante típico.
Antes estaba Teodora
pendant haciendo á mi tío,
¿por qué su fotografia
habrá desaparecido?
¿Para evitar tentaciones?
(Sentándose junto á la mesa.)
si esta es la causa, ¡malísimo!
Y peor si dejó el cuadro
para mejorar de sitio,
y cerca del corazon
buscar misterioso abrigo.

Vamos á ver, ¡acusad,
de la sospecha diablillos,
que flotais por el espacio
tejiendo invisibles hilos!
¡acusad sin compasion
á ese filósofo místico!

(Mirando á la mesa y observando el Infierno del Dante.)

Y esta es otra: ni una vez
á ver á Ernesto he venido,
que en su mesa no encontrase
abierto este hermoso libro.

«Dante: divina comedia» (Leyendo.)
su poema favorito.

Y no pasa del pasaje (Mirando otra vez.)
de Francesca, por lo visto.

Tiene dos explicaciones
el caso: ya lo concibo.

Ó que Ernesto no lee nunca,
ó que siempre lee lo mismo.

Pero aquí noto una mancha:
como si hubiese caído

una lágrima. ¡Señor,
qué misterios y qué abismos!

¡y qué difícil es ser
casado y vivir tranquilo!

¡Un papel hecho ceniza?...

(Recogiéndolo de la mesa ó del suelo.)

No, que aún queda algun vestigio.

(Se levanta y se acerca al balcón procurando
leer en el pedazo de papel. En este momento
entra Ernesto y se detiene observándole.)

ESCENA V.

PEPITO, ERNESTO.

ERNESTO. ¿Qué estás mirando?

PEPITO. ¡Hola, Ernesto!
pues... un papel que flotaba...

el aire se lo llevaba ..

ERNESTO. (Tomándolo y devolviéndoselo despues de un
instante de observacion.)

No recuerdo lo que es esto.

PEPITO. Eran versos. Tú sabrás.

(Leyendo, pero con dificultad.)

«El fuego que me devora...»

(Ap.) (Pues, consonante á Teodora.)

ERNESTO. Cualquier cosa.

PEPITO. (Desistiendo de leer.) Y nada más.

ERNESTO. Nuestra vida simboliza
ese papel sin valor:

unos gritos de dolor,
y unos copos de ceniza.

PEPITO. ¿Pero fueron versos?

ERNESTO. Sí.

Á veces no sé qué hacer:
dejo la pluma correr...
y anoche los escribí.

PEPITO. Y para ayudar al estro,
y ponerte en situacion,
buscabas inspiracion
en el libro del maestro?

ERNESTO. Me parece...

PEPITO. No hay que hablar...

es una obra gigantesca.

Episodio de Francesca. (Señalando el libro.)

ERNESTO. (Con ironía é impaciencia.)

Hoy estás para aceptar.

PEPITO. No en todo ¡por Belcebú!
ahí mismo, donde está abierto,
algo dice, que no acierto,
y que has de explicarme tú.
Leyendo un libro de amor,
por pasatiempo tan solo,
diz que Francesca y Paolo
llegaron donde el autor,
gallardamente celebra,
demostrando no ser zote,
amores de Lanzarote,
y de la reina Ginebra.

Tal fuego, para tal roca:
trajo un beso el libro aquel,
y un beso le dió el doncel,
loco de amor en la boca.
Y en tal punto y ocasion,
el poeta florentino,
con acento peregrino,
y sublime concision,
dice, lo que aquí hallarás.
(Señalando el libro.)
y lo que yo no alcancé:
que Galeoto el libro fué,
y que no leyeron más.
¿No leyeron? entendido,
y no está mi duda ahí.
Pero ese Galeoto, di,
¿por qué sale y quién ha sido?
Y tú lo debes saber,
es el título del drama
(Señalando unos papeles que se supone que
son el drama.)

que escribiste y tanta fama
te ha de dar. Vamos á ver.
(Coge el drama y lo examina.)

ERNESTO. De la reina y Lanzarote
fué Galeoto el medianero,
y en amores, *el tercero*
puede llamarse por mote,
y con verdad, *el Galeoto*;
sobre todo si se quiere
evitar nombre que hiere,
y con él un alboroto.

PEPITO. Bueno: justo: lo concibo
¿pero no hay en castellano
nombre propio y á la mano?

ERNESTO. Muy propio y muy expresivo.
Este oficio que en doblones
convierte las liviandades,
y concierta voluntades,
y se nutre de aficiones,
nombre tiene y yo lo sé,

però es ponerme en un brete
hacer que diga... y concrete

(Señalando el drama.)

lo que al cabo no diré.

(Le arranca el drama y lo arroja sobre la mesa.)

En cada caso especial,
uno especial tambien noto,
pero á veces es Galeoto
toda la masa social.

Obra entónces sin conciencia
de que ejerce tal oficio,
por influjos de otro vicio
de muy distinta apariencia;
pero tal maña se da

en vencer honra y pudor,
que otro Galeoto mayor,
ni se ha visto, ni verá.

Un hombre y una mujer
viven felices y en calma,
cumpliendo con toda el alma
uno y otro su deber.

¿Nadie repara en los dos,
y va todo á maravilla;
pero esto en la heróica villa
dura poco, vive Dios!

Porque ocurre una mañana,
que les miran al semblante,
y ya desde aquel instante,
ó por terca, ó por villana,
se empeña la sociedad,
sin motivo y sin objeto,
en que ocultan un secreto
de impureza y liviandad.

Y ya está dicho y juzgado:
no hay razon que les convenza,
ni hombre existe que les venza,
ni honra tiene el más honrado.
Y es lo horrible de esta accion,
que razon, al empezar,
no tienen, y al acabar,
acaso tienen razon.

¡Porque atmósfera tan densa
á los míseros circunda,
tal torrente los inunda,
y es la presión tan intensa,
que se acercan sin sentir,
y se ligan sin querer,
se confunden al caer,
y se adoran al morir!
El mundo ha sido el ariete
que virtudes arruinó:
él la infamia preparó:
fué Galeoto y... (Ap.) (Vete, vete,
pensamiento de Satán,
que tu fuego me devora!)

PEPITO. (Ap.) (Si discurre así Teodora
¡Dios proteja á don Julian!)
(En voz alta.) ¿Y acaso sobre ese tema
fueron los versos de anoche?

ERNESTO.
PEPITO.

¡Qué derroche
su tiempo con esa flema,
y que esté... así... tan sereno...
sin ocuparse de nada,
quien ha de cruzar su espada
muy pronto sobre el terreno
con Nebreda, que en rigor,
con un florete en la mano
es mucho hombre! ¿No es más sano
y no te fuera mejor,
preparar un golpe recto,
ó una parada en tercera,
que exprimírte la mollera
sobre tal verso incorrecto,
ó sobre tal consonante
declarado en rebeldía?
¿Con toda tu sangre fría
no piensas que estar delante
del Vizconde es serio?

ERNESTO.

No.
Y en buena razón me fundo.
Si le mato, gana el mundo:

si me mata, gano yo.

PEPITO. Bueno! mejor es así.

ERNESTO. No hablemos más del asunto

PEPITO. (Ap.) (Ahora con maña pregunto...)

¿Y es hoy mismo?

(Acercándose á él y en voz más baja.)

Hoy mismo: sí.

ERNESTO.

PEPITO. ¿Vais á las afueras?

ERNESTO. No.

No era posible á tal hora.

Un lance que nadie ignora...

PEPITO. ¿En alguna casa?

ERNESTO. Yo

lo propuse.

PEPITO. ¿Dónde?

ERNESTO. Arriba.

(Todo esto con frialdad é indiferencia.)

Un cuarto desalquilado:

gran salón: luz de costado...

Sin que nadie lo perciba,

mejor sitio que da un cerro,

para el caso que se trata,

nos da un puñado de plata.

PEPITO. ¿Y ya sólo falta?...

ERNESTO. ¡Hierro!

PEPITO. Hablan fuera... gente viene...

(Acercándose al fondo.)

¿Los padrinos? (Á Ernesto.)

ERNESTO. Podrá ser.

PEPITO. Parece voz de mujer...

(Asomándose á la puerta.)

ERNESTO. ¿Pero por qué les detiene?...

(Acercándose también.)

ESCENA VI.

ERNESTO, PEPITO, CRIADO.

CRIADO. Preguntan por el señor. (Con cierto misterio).

PEPITO. ¿Quién pregunta?
 CRIADO. Una señora.
 ERNESTO. Es extraño.
 PEPITO. ¿Pide? (En voz baja al Criado.)
 CRIADO. (Lo mismo á Pepito.) Llora.
 PEPITO. ¿Es jóven? (En voz alta.)
 CRIADO. Pues en rigor
 yo no lo puedo decir:
 la antes la es muy oscura,
 y la señora procura
 de tal manera cubrir
 la cara, que el percibirla
 ya es empresa y ya es trabajo,
 y habla tan bajo, tan bajo,
 que no hay manera de oirla.
 ERNESTO. ¿Quién será?
 PEPITO. Quien quiere verte.
 ERNESTO. No adivino...
 PEPITO. (Ap.) (Está perplejo.)
 Oye, á tus anchas te dejo:
 un abrazo y buena suerte.
 (Dándole un abrazo y tomando el sombrero.)
 ¿Qué esperas, bobalicon? (Al Criado.)
 CRIADO. Que mande el señor que pase.
 PEPITO. En asuntos de esta clase
 se adivina la intencion.
 Y despues, hasta el momento
 en que salga la tapada,
 no habras la puerta por nada,
 aunque se hunda el firmamento.
 CRIADO. ¿Conque la digo que sí?
 ERNESTO. Bueno. Adios.
 (Á Pepito que está ya en la puerta.)
 PEPITO. Adios, Ernesto.
 (Salen él y el Criado por el fondo.)
 ERNESTO. ¿Una dama?... ¿Qué pretesto?...
 ¿Ó qué razon?...
 (Pausa. En este momento se presenta en la
 puerta del fondo y en ella se detiene, cubrién-
 dose con un velo, Teodora.)
 Ya está aquí.

ESCENA VII.

TEODORA, ERNESTO. Ella en el fondo, sin atreverse
 á avanzar: él en primer término volviéndose hácia ella.

ERNESTO. Usted hablarme deseó:
 si usted se digna, señora...
 (Invitándola á que pase.)
 TEODORA. Perdon, Ernesto. (Levantando el velo.)
 ERNESTO. ¡Teodora!
 TEODORA. Hago mal, ¿no es cierto?
 ERNESTO. (Cortado y balbuciente.) Yo...
 no lo sé... porque yo ignoro...
 honra tal á qué debí...
 ¿Pero qué digo? ¡ay de mí!...
 ¡si en mi casa su decoro
 ha de hallar respeto tal...
 que ya más no pueda ser! (Con exaltacion.)
 ¿por qué, señora, temer,
 que en ello pueda haber mal?
 TEODORA. Por nada... y un tiempo ha sido,
 ¡que para siempre ha pasado!
 en que, ni hubiera dudado,
 ni hubiera, Ernesto, temido;
 en que cruzara un salon
 cualquiera, de usted cogida,
 sin la frente enrojecida,
 sin miedo en el corazon.
 En que al partirse de aquí...
 como dicen que mañana,
 á la tierra americana,
 parte usted... yo misma... sí...
 como aquellos que se van...
 acaso no han de volver...
 como es tan triste perder...
 un amigo... ante Julian...
 ante el mundo... conmovida...
 pero sin otro cuidado...
 yo misma... le hubiera dado...